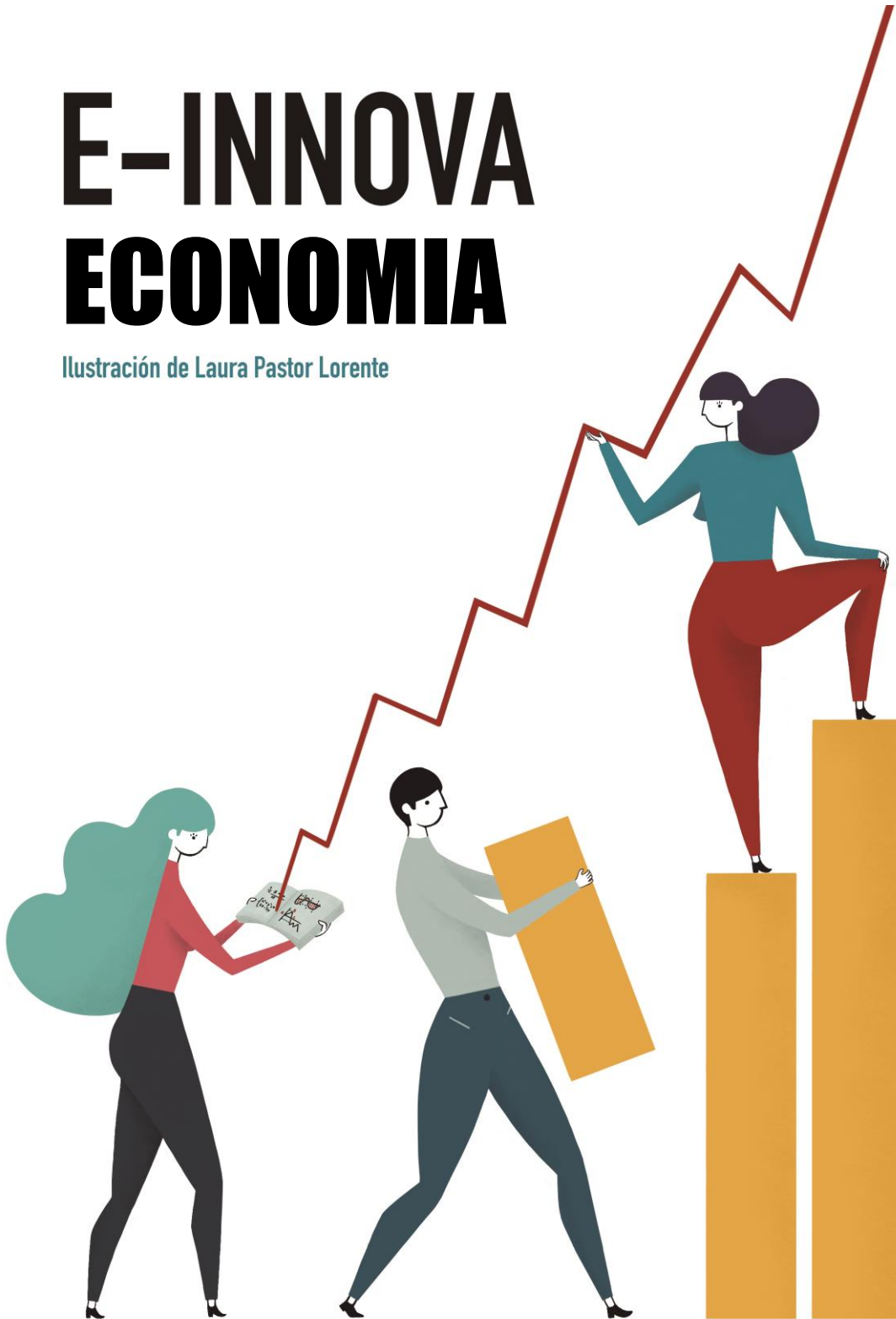


E-INNOVA ECONOMIA

Ilustración de Laura Pastor Lorente



E-Innova Economía: La escobilla universal

"Continúa andando, mira hacia atrás. Finge que no la escucha. Comienza a silbar mientras cruza la calle. Le da vergüenza estar allí".

Estas líneas, pertenecientes a la canción "Another Day in Paradise", escrita en 1989 por Phil Collins, describen la actitud de una persona cualquiera ante la visión de un mendigo. Hace ya treinta años de ello, y desde entonces, se ha producido un crecimiento sin precedentes, no sólo del comercio de bienes y servicios, sino de los flujos transfronterizos de capital, que ha permitido alcanzar un grado de bienestar y salir de la pobreza a millones de personas, pero que desgraciadamente no ha cambiado la situación de millones de otras, y lo que es más curioso, la percepción de aquellos que ocupan una posición de privilegio respecto a los más desfavorecidos, y que Collins retrató de manera impecable.

Se hace necesario, por tanto, analizar el porqué no hemos conseguido alcanzar tales objetivos, para así llegar a unas conclusiones y realizar unas propuestas al respecto.

Sin cambiar esa visión, sin ser conscientes de la gravedad y consecuencias de la pobreza y la desigualdad, resultará imposible tomar las soluciones requeridas para erradicarlas. Tomaremos para ello el ejemplo de España, como caso singular y más cercano, pero también extrapolable al resto de países desarrollados.

El Estudio Internacional de Valores de la Fundación BBVA de 2.019 nos presenta un retrato de la Sociedad Española gracias al cual podemos observar una serie de datos muy significativos.

España es, de los países considerados (Alemania, Francia, Inglaterra e Italia), el que más se identifica con valores de izquierda. Un 68% de la población se considera de izquierda o de centro, frente al 32%, que se identifica con posiciones de la derecha ideológica.

Una sociedad conformista, sin embargo, con una visión comparativamente menos crítica de los partidos políticos tradicionales, pero en la que se demanda firmemente provisiones típicas del Estado de Bienestar y se aboga por una mayor intervención del Estado en facetas centrales del mercado. Una sociedad, en la que existe una confianza media-baja o baja en grupos e instituciones vinculadas a la economía (empresarios, sindicatos y bancos), y marcada fundamentalmente por una continua percepción de la corrupción y algo contradictoria en ciertos aspectos. Y es que nos mostramos más

satisfechos que los países analizados y tenemos niveles altísimos de confianza en la familia y amigos, pero también un menor nivel de confianza interpersonal y una visión menos altruista del individuo, y lo que es grave, no convergemos en la aplicación de los principios éticos. Cabe destacar así mismo que si bien somos tradicionales en las relaciones de pareja, consideramos como aceptable la eutanasia y también, aunque con menor intensidad, el aborto.

No se acepta que el vivir en pareja, así como la maternidad-paternidad sean condiciones necesarias para lograr la realización personal y se acepta mayoritariamente el matrimonio entre personas del mismo sexo, la adopción y concepción de un niño por parte de parejas homosexuales y tener un hijo recurriendo a una “madre de alquiler”.

Una vez dicho todo esto, y sabiendo que existen peculiaridades en cada uno de los países analizados, debemos destacar que el funcionamiento del sistema capitalista puede generar una serie de efectos indeseados, comunes a todos ellos y que quedan grabados a fuego en nuestras mentes.

Una competitividad exacerbada, donde el pez grande se come al chico, donde prima el individualismo frente a la colectividad. El triunfo del dinero sobre cualquier otro tipo de consideración ética o moral. Si a ello unimos la concentración del dinero en pocas manos y la precarización del empleo, encontramos el caldo de cultivo perfecto para una sensación general de desigualdad en derechos y oportunidades que nos hace correr desnortados hacia el maná, el Dorado. Una sociedad inmadura guiada por la influencia de las redes sociales, en la que no existe la autocrítica, culpando siempre a los demás. Si estamos hablando de educación, se acusará al profesor, institución o la administración pertinente, mientras que, si hablamos de política, los nuestros nunca podrán ser cuestionados (como vulgarmente se dice: "Es un sinvergüenza, pero es nuestro sinvergüenza") y nunca serán castigados puesto que los otros, los otros son mucho peores. Y nuestros hijos, nuestros hijos nunca serán los responsables de lo que les suceda. La culpabilidad será de sus amigos o personas con las que se relacionan.

En definitiva, la inmadurez personificada y promotora de todos y cada uno de nuestros actos.

Como se indicaba anteriormente, dirigimos nuestros esfuerzos a alcanzar la felicidad, una felicidad que se nos ha vendido como una gran lista de deseos por cumplir y en la cual tenemos que alcanzar una serie de hitos (que por supuesto son materiales: ir al restaurante de moda, visitar ciertos países, tener cierta ropa de marca...). Y eso nos hace producir, vaya que si producimos,

¿pero a costa de qué y para quién? Jornadas maratonianas que tienen su reflejo en no poder estar al lado de nuestras parejas e hijos, en una insatisfacción por no estar realizando un buen trabajo al no recibir la formación adecuada o tener los recursos necesarios, y que luego se revierte en cómo nos relacionamos con todos ellos y nuestro entorno más cercano.

Recuerdo aquí dos anécdotas, que simbolizan muy bien lo expuesto anteriormente.

1) Era una mañana lluviosa y gris, de noviembre. Acababa de dejar a los niños en el colegio y debido a la pertinaz lluvia y al gran volumen de tráfico existente (era la hora punta), se produjo un gran atasco. Pues bien, en lugar de tratar de ceder el paso unos a otros, intentando solventar la situación con premura y de la mejor manera posible, cada uno luchaba por salir de allí sin pensar en el otro. Resultado, una moto casi fue arrollada por un coche de manera involuntaria. El acompañante del motorista, encolerizado, se sacó el casco y, tras asirlo firmemente, lo estrelló contra la luna del coche infractor ocasionando su rotura en mil pedazos.

2) Escuela de Ingeniería de Telecomunicaciones: Junio de 2019. Juana, limpiadora de la facultad se quejaba de los alumnos y no podía entender cómo pese a lo inteligente que eran los miembros de la facultad, muchos de ellos no fueran capaces de utilizar las escobillas de los retretes.

¿Qué podemos hacer ante esta situación? La respuesta, como en muchos casos viene por el lado de la educación. René Diekstra, catedrático de la Universidad de la Haya, apunta a que las escuelas son necesarias, para que el alumno pueda descubrirse, y se puedan conocer los unos a los otros. Sin un aprendizaje social, emocional y ético, esto no será posible. Se tratará por tanto de sustituir un enfoque puramente económico por alcanzar valores como el aplazamiento de pequeños placeres, gestionar adecuadamente sus emociones y a interpretar las de los demás, de manera que puedan decodificar adecuadamente las expresiones de esas emociones. En resumen se tratará por tanto de construir relaciones que nos permitan empatizar con los demás.

Merece la pena destacar también a este respecto otras iniciativas que se están llevando en otros lugares del mundo, como Japón. En el documental "Children full of Life" se narra la manera de enseñar de Toshiro Kanamori, en la escuela pública infantil Minami Kodatsuno, en la ciudad de Kanazawa.

Kanamori no sólo prepara a sus alumnos para el siguiente nivel educativo (la escuela secundaria), sino que los prepara para la vida, tratando de educar

también sus sentimientos. Además de enseñar las materias del currículo, enseña a sus alumnos a entender el mundo a través de sus emociones, transmitiéndoles mensajes sobre la importancia de la vida, de ser felices, de expresar lo que sienten, de entender los sentimientos de los otros, en definitiva, de saber que no pueden ser todos felices sin que uno de ellos no lo sea.

Debemos de tener claras las prioridades, crear unas bases firmes de convivencia y entendimiento mutuo desde que son niños, y a partir de ahí generar mecanismos de distribución de la riqueza justos y adecuados al contexto en que vivimos, que garanticen un buen y justo funcionamiento del sistema económico.

De lo contrario, sin mantener la mirada a aquello que no nos gusta de nuestra sociedad, nos veremos abocados a que cada vez todos seamos un poco más superficiales, reemplazables e impersonales. Se tratará por tanto de tener claro, en definitiva, cuáles son los valores que deben guiar nuestros pasos.

Debemos pasar de ser la escopeta nacional, a utilizar la escobilla universal. Pensar los unos en los otros. No es tan difícil.